

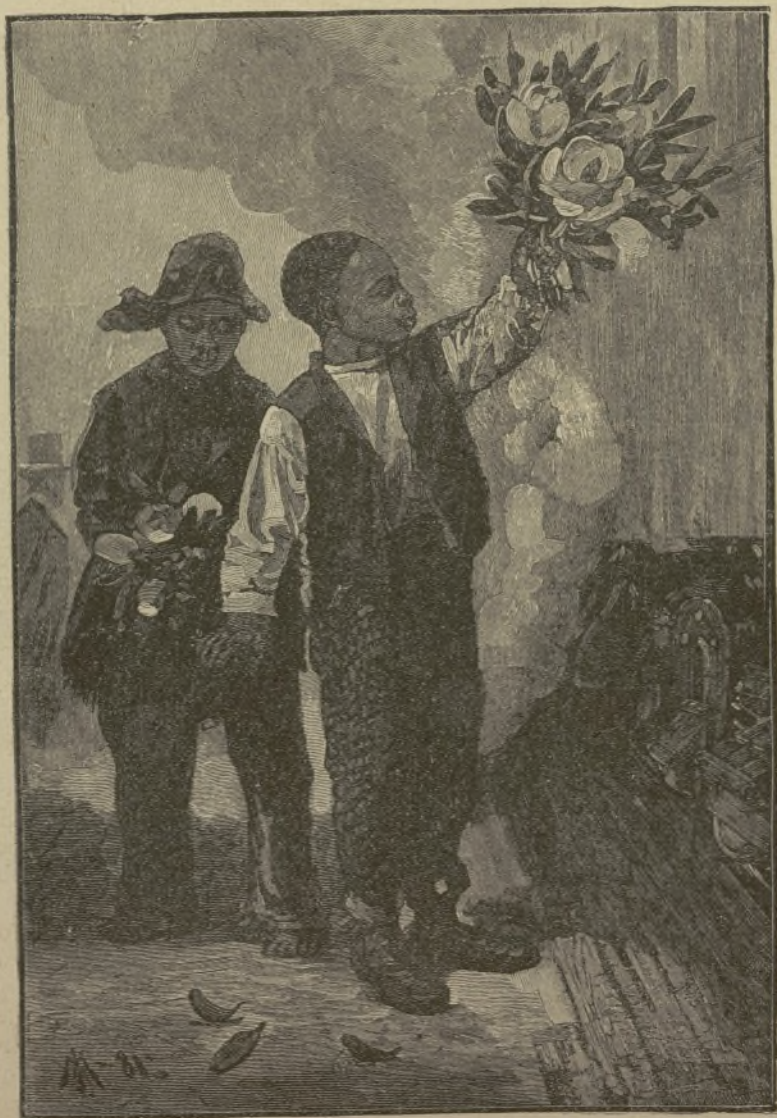


SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II

10 de marzo de 1888

Núm. 19



LA MAGNOLIA
Ayuntamiento de Madrid

EL ASNO DE MARICUELA

(A MANUEL PLA Y VALOR)

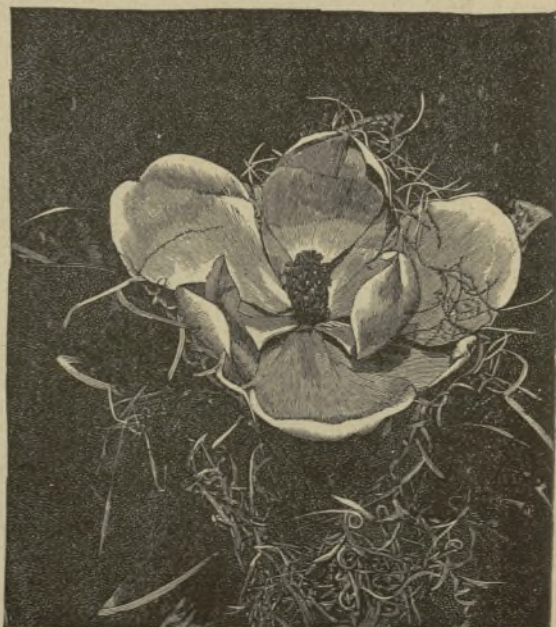
DIFÍCIL nos será disponer con la pluma, en trazado de embrionario esbozo, aquella gentil figura, aquel extraño conjunto formado, como diversión para los ojos y risueño y sencillo placer del ánimo, por Maricuela la de Parazuelos, fresca y coloreada con lozanía y viva entonación de un ramillete de rosas bañadas de rocío, y el asnuelo travieso y de cómico aspecto; contraste singular, como el que hubieran podido ofrecer la Diana y el Sático. ¡Oh, quién contase para tal propósito con la peregrina fantasía de Jules Janin, autor del epitalamio, del idilio elegía que, inspirado en Sterne, gozó del aplauso y alcanzó la perenne vida de la gloria con el envidiable libro que lleva por título *El asno muerto*!

Mas allá del oscuro y espeso agrupamiento de encinas que perfilaban con línea vigorosa, sobre el claro cielo, allá en el término ilusorio del horizonte, el contorno de una ladera, aparecía el fulgor de la aurora, difundiendo en nota de rubíes puntos de oro lucentísimos entre tonos de blanco plata, verde mar, azul turquesa; medias tintas suavisimas en nubes de transparencia indecisa, ofreciendo la explosión de luces y de tintas que luego del alba riente preceden á la aparición del sol.

Por todo el valle, blanqueando la claridad del día sobre el verde de la hierba esmaltada de florecillas y por las cenicientas piedras medio vestidas de musgo, iba la luz acreciendo, cuando ya, á limpiar el horno para cocer el pan, se levantaba Maricuela animosa, y luego de sus faenas primeras íbase á la corralada ó á la cuadra á coger el asno, que trabado se hallaba en aquélla, ó amarrado al pesebre descansaba en ésta.

—¡Sa, borrico!—exclamaba desatándole y poniéndole sobre los lomos la pesada álbarda, que sujetaba al cuerpo de la bestiezueta, apretando á él la cincha,—que ya es muy tarde, y apuesto que pensarán en la ciudad que nos hemos dormio y entoavía tenemos que ir á la *majda* á recoger la leche.

Pasaba por el pelo gris moteado de manchas negras su áspera y acariciadorana mano; y era curioso ver que unas veces aguzaba sus orejas el asno, otras las abatía como en señal de sumisión, y extraña cosa advertir cuán prestamen-



La magnolia



La magnolia

te el borriquillo y su ama parecían entenderse, cual si entre ellos se hubiese establecido un modo de llegar á tan significativas expresiones.

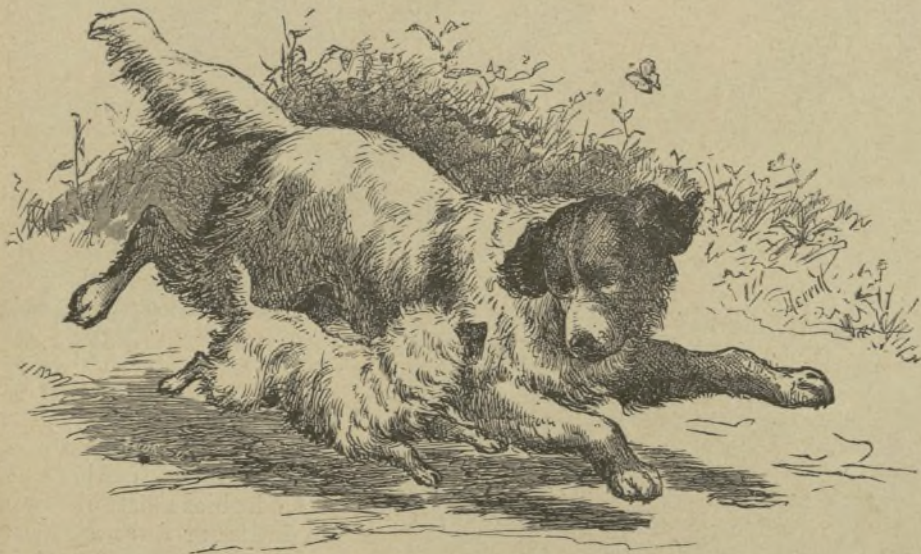
Era el asno de una altura proporcionada á su corpulencia, un robusto animal, ligero como el viento en la carrera, duro para resistir toda carga por pesada que fuese, tan rápido como un corzo, y casi tan fuerte como un dromedario. Era un precioso asno que hubo de costarle veinticinco duros, en la feria de Salamanca, al señor Aniceto el molinero, padre de Maricuela.

Esta, aldeana rechoncha y fornida, gordita y colorada, apetecible como fruta en sazón, sabrosa y bella; reía constantemente con ingenua y simplicísima risa, haciendo brillar sus ojos, dando á la voz una acentuación de marcada energía. Así, por este contento en ella nunca interrumpido, se montaba de un salto en el borriquillo cuando ya las aguaderas sostenían las cuatro cántaras de leche, y, punzando con la punta de la vara las ancas del asnuelo, en él se dejaba llevar con apresurado paso por la vereda estrecha de los encinales y del pinar, pasando la altura de un cerro hasta la ciudad.

Allá iba Maricuela, con el pañuelo de lana atado á la cabeza, su oscuro corpiño, sus bordados refajos, mostrando la blanca media y el zapato con lacitos, tentadores estímulos de la malicia de la gente moza que Maricuela encontraba en su camino.

Fuera de algún cantar campechano entonado á media voz, ó de algún *jarre*, *condenao!*, nada decía ni en nada pensaba la muchacha, si no era en despachar prestamente su mercancía para tornar luego luego, con presteza, al molino de Parazuelo.

Ya de vuelta, comía apresuradamente su cazuela de sopas, y, poniendo entre un pedazo de pan un torrezno ó un trozo de longaniza que comerse á media mañana, íbase á ayudar á su padre; cargaban ambos con sendos sacos de



Perro y perrito

harina al asno, y ella, siguiendo tras de éste y azuzándole, marchaba á los pueblos inmediatos á llevar á los parroquianos la *molida* que habían encargado.

No siendo que hubiese ido á alguna fiesta, feria ó romería de los pueblos del valle ó de la sierra, nunca Maricuela hubo de acudir á otro sitio que á la ciudad á vender la leche, á la misa los domingos, y á servir los sacos de harina por los pueblos inmediatos al caserío de Parazuelo; pero siempre iba montada, ó detrás de su asno. Siendo aún niña dos años ó tres hacía, el asno sirvióle de recreo, y jamás tuvo otro amigo que aquel su compañero de trabajo.

Buscarle por los prados cuando el muy tunante se permitía ir de aventura salvando lindes, trasponiendo vallas ó yéndose á pastar furtivamente en el cercado ajeno, eran los únicos sobresaltos que podían sorprender á la muchacha en su pacífica vida.

En el medio derruido molino, los días de molienda, el asno hacía girar el eje de la rueda; en un oscuro rincón, sobre un petate y un jergoncillo, dormía algunas horas de la noche el viejo molinero; y junto á la cocina, en la cama que hubo de ser de su madre, se acostaba Maricuela. Esta, su padre, el perro guardían de un huertecillo y de un corral contiguos al molino, y el *Parducho*,

constituían la reunión de seres trabajadores y pobres, unidos en continuo afán y compartiendo el mísero fruto de aquella industria.

—Padre,—dijole un día Maricuela al señor Aniceto;—no ha de olvidarse que tengo de mercar un aparejo de borlillas para el *Parducho*, que es de vergüenza ir el domingo á la misa llevando el asno con tanta pobreza.



Perro y perrito

Sin tal vez proponérselo, ella, que se enorgullecía con mostrarle gordo y engalanado, le observaba con astuta perspicacia, hallando muchas veces en el animal asombrosas cualidades, creyendo comprenderle cuando receloso estiraba las orejas, cuando espantado las dejaba caer cuasi sobre el cuello, cuando impaciente meneaba el rabo, cuando se hacía el remolón, cuando se precipitaba en saltos y carréras; y la muchacha corregía según este estudio la índole salvaje, la socarronería y las locuras del borriquillo.

Ayuntamiento de Madrid

A veces le hablaba allá de las cosas que les eran comunes; y, por tal costumbre de divertirse involuntariamente con el monólogo, llegaba á figurarse que la bestiezueta estaba muy cerca de comprender más sus palabras que las flagelaciones, siseos y pinchazos de la vara. Hacíasele por esto menos solitaria y más corta la travesía por los apartados caminos de la sierra, y no tan penosos los terribles días de nevada en el riguroso invierno, ó los ardientes de la época canicular.

—Anda, *Parducho*, que tenemos que estar en Mejorana antes de la solanera, y allá te dará tío Repicudo tu saquejo de cebada. A la cuenta sales hoy que ni el burro de un ricacho ó la mula del señor vicario de Villaviciosa,—sóla decirle.

Tenía Maricuela el modo de andar tan brusco y firme como el de un muchacho, é ibánselle los brazos de uno á otro lado, como la voz, las palabras y el pensamiento á la espontánea soltura de un natural selvático y, como decirse suele, á la buena de Dios.

¿Quién puede decir con cuánta solicitud desembrozaba Maricuela las fuentes para que bebiera en ellas su asno? ¡Con qué gozo solía dejarle pastar hasta la hartura en los prados de fresca hierba, ó cómo en los trigales le permitía ir mordiendo por los bordes del camino las apretadas espigas, y, en fin, con cuánta complacencia miraba ella engordar á su buen camarada!

—¡Bendición de Dios! Mas que te pongas *arredondeado* como el cebón de la rifa, he de llenarte el buche, *Parducho*.

Inútil nos será decir que, si la pérdida del asno hubiera podido representar una importante quiebra para la industria del molino, ¿qué no hubiese sido tal pérdida para el corazón de la pobre Maricuela?

Yendo, cierto día, camino de la Fresneda, á la hora en que subía el sol ya de priesa, cielo arriba, á calentar con sus rayos verticalmente la tierra, y cuando por esto los pájaros se guardaban entre el bosque, en los escobares y los troncos de los árboles, topó Maricuela, echado á la sombra de un espeso zarzal, á un mozalvete durmiendo á pierna suelta.

El terror que sorprendió, apagando como de un soplo la constante y expresiva alegría de Maricuela, sólo podrá comprenderse cuando se diga que aquel desconocido era un *chaval* de alguna tribu de gitanos, astutos ladrones de acémilas, hijos de las lejanas tierras donde el sol quema y tuesta su piel, embaucadores de la gente sencilla, nómadas temibles, algo tan funesto como las manadas de lobos que iban al asalto de los rediles, ó las nubes de langosta rugientes y hambrientas en la tala de los campos.

Aguijó Maricuela su asno, espantado ante aquel siniestro encuentro, aquella faz morena, aquel pelo negruzco y desgrefñado, aquellos brazos vellosos, aquella faja roja por la cual asomaba el cabo de una tremenda faca; en fin, aquel rostro patilludo, de boca delgada, y fina y curva nariz.

No lejos del gitano pastaba un escuálido caballo, sin más aparejos que un ronzal y una cabezada hecha con el atijo de una soga.

JOSÉ ZAHONERO

(Se continuará)



Ayuntamiento de Madrid

NIÑOS PRECOCES



UANDO un niño, por su aplicación y excepcionales condiciones, logra hacerse superior á los de su edad, el vulgo de todos colores, desde el más dorado al más descolorido, para demostrar su admiración, suele lanzar la misma frase:

—Este niño vivirá poco.

Afortunadamente no es así, ya que desde remotas edades los hombres más eminentes de cada época han sido desde sus primeros años el asombro de sus semejantes.

El más prodigioso de los niños fué Pico de Mirandola. Diez años contaba cuando era considerado como uno de los primeros poetas y oradores de sus días. A los veintitrés publicó en Roma una memoria con novecientas proposiciones, demostrando en ellas todo lo que le es dable saber al hombre. Las teorías que expuso fueron apasionadamente combatidas por sus contrarios; pero con tal elocuencia las defendió su autor, que ni una sola lograron eclipsarle.

Cicerón poseía una inteligencia tan feliz y asombrosa, que los padres de sus discípulos acudían á la escuela con el solo objeto de oírle explicar su lección.

Nuestros grandes autores dramáticos Lope de Vega y Calderón, compusieron sus primeras obras á la edad de trece años.

Ariosto, ilustre poeta italiano, á los ocho años representaba, con sus hermanos y sus amigos, comedias caseras escritas por él; siendo algunas de forma y estilo tan ameno, que eran el encanto de cuantos las presenciaban.

Es fama que el Tasso hablaba correctamente á los seis meses, á los tres años estudiaba la gramática, á los cuatro empezaba sus estudios clásicos, y á los siete escribía el latín y hablaba el griego.

Miguel Beer, hermano del inmortal Meyerbeer, tradujo á los diez años una de las más difíciles obras clásicas italianas.

Beethoven, Cherubini y Piccini compusieron sus primeras sonatas y estudios á los diez años.

Mendelsson contaba catorce años cuando hizo ejecutar una sinfonía suya en un concierto de Berlín.

Rameau andaba apenas cuando sus pequeñas manos hacían maravillas en el clavicordio.

Miguel Ángel, que fué gran escultor, pintor sublime, arquitecto único, poeta y matemático, á los doce años tenía completada su educación, nada le faltaba que aprender, y su opinión y sus consejos valían tanto como los del más envejecido maestro. A los seis años modeló su primera estatua, que enterro, al terminarla, en lugar ignorado. Felizmente, al practicarse unas excavaciones, fué descubierta la ignorada joya, que ha sido reconocida como una de las obras maestras salidas del cincel de su sublime autor.

Bernini modeló á los ocho años una cabeza en mármol, de una perfección correctísima. Deseando el papa Paulo V conocer al prodigioso niño, le llamó á su presencia, preguntándole si sabría copiar á la pluma un modelo del natural.

—¿Cuál desea Vuestra Santidad?—preguntó el niño.

El papa, sonriendo, le contestó:

—¿Te parece que sabrías copiar cuantos se te presentasen?

—Haré el que Vuestra Santidad me mande,—replicó Bernini.

—Entonces dibuja la cabeza de San Pablo.



Un cuento maravilloso

El niño tomó la pluma, y en presencia del pontífice dibujó la cabeza que le habían ordenado, con acabada perfección.

Galileo, el ilustre astrónomo que tan cruelmente fué tratado por asegurar, como Copérnico, que la tierra giraba alrededor del sol, á los diez años construía máquinas que eran el asombro de sus contemporáneos.

Bentham, célebre publicista inglés, leía á los tres años la historia de Inglaterra, y á los siete había traducido el *Telémaco* de Fenelon.

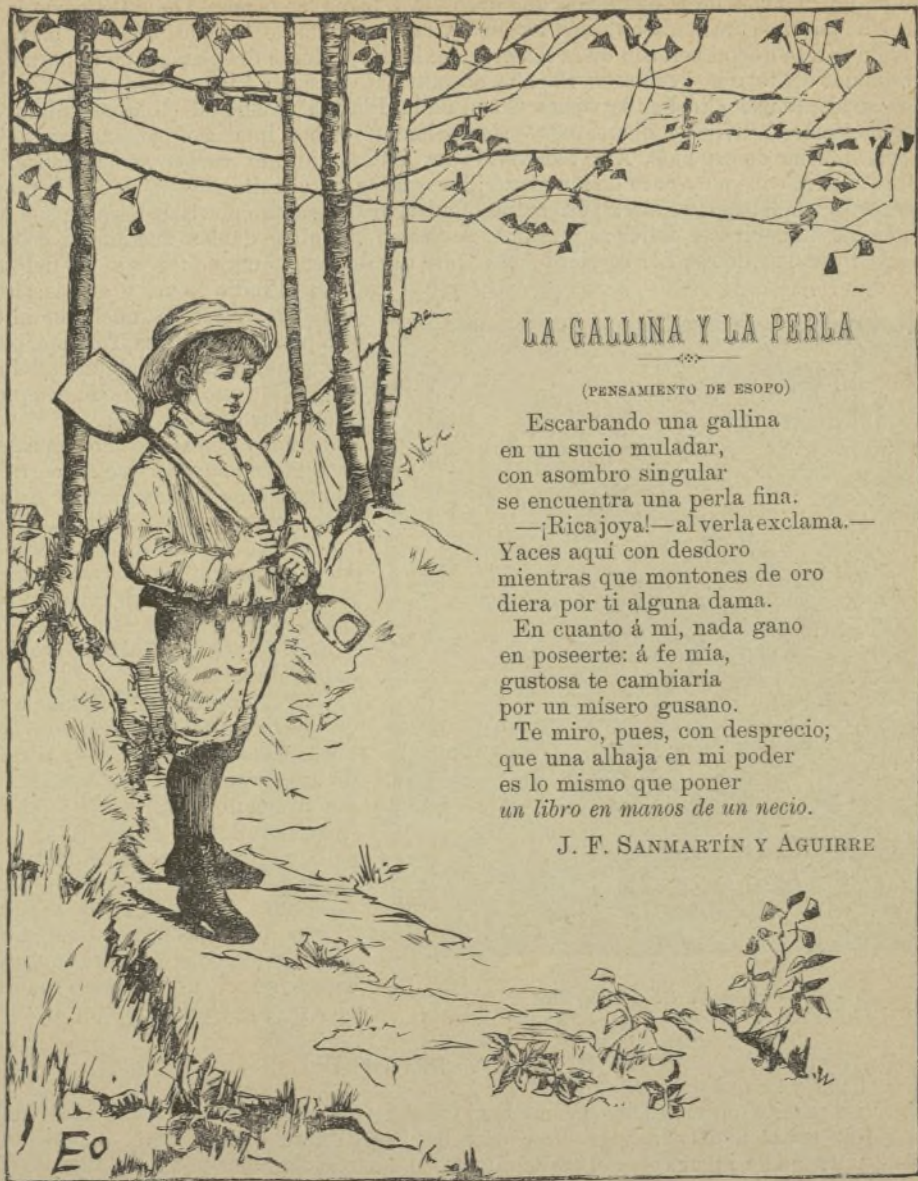
Haller, insigne sabio alemán, que fué anatómico, químico, poeta, botánico y filósofo, á los cuatro años explicaba á los criados de su casa los más notables pasajes de la Sagrada Escritura. A los nueve ingresó en las escuelas superiores, pronunciando en griego su discurso de entrada;

y á los catorce había compuesto infinidad de poemas, comedias y tragedias.

Innumerables han sido los niños que han admirado por su precocidad. El saber y la inteligencia no matan: lo que hace desgraciados á los hombres y á los pueblos es la anemia intelectual.

TRINIDAD DE LA ROSA

Ayuntamiento de Madrid



LA GALLINA Y LA PERLA

(PENSAMIENTO DE ESOPHO)

Escarbando una gallina
en un sucio muladar,
con asombro singular
se encuentra una perla fina.
—¡Rica joya!—al verla exclama.—
Yaces aquí con desdoro
mientras que montones de oro
diera por ti alguna dama.
En cuanto á mí, nada gano
en poseerte: á fe mía,
gustosa te cambiaría
por un misero gusano.
Te miro, pues, con desprecio;
que una alhaja en mi poder
es lo mismo que poner
un libro en manos de un necio.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE

El niño cavador

— NUESTROS GRABADOS —

LA MAGNOLIA

Vive en nuestros climas un extranjero ser que bien merece se tenga con él todo linaje de cuidados.

Este extranjero no es otra cosa sino una magnífica y perfumada flor conocida con el nombre de *magnolia*. Aunque las flores del norte agradan á nuestros sentidos en la pri-

Ayuntamiento de Madrid

mavera, la fragancia de la que nos ocupa aventaja á todas las demás. Delicada como la lila del norte, su blancura toma un color lechoso, y está cargada de los perfumes de la región del sud: parece que el corazón de la magnolia exhala los olores del clavo y de la naranja.

Saliendo del terreno de nuestra España, encontramos después á la preciosa amiga en sitios donde se siente más el calor: la vemos al sud de la Florida, donde el clima es cálido y no se ha de temer el invierno, abundando principalmente en un inmenso pantano que hay en la parte inferior de ese país. Allí han vivido los indios durante varias generaciones, y el hombre blanco sabe muy poco de las maravillas ocultas en aquella región, donde la magnolia florece y embalsama el aire; pero nadie la mira, nadie contempla la belleza de sus blancos pétalos, ni aspira su delicioso perfume. Así como los miles de las magníficas cosas de Dios, la fragancia de esa flor se pierde en el aire del desierto, aunque tal vez no del todo,

pues el indio la ve, y quizás su salvaje naturaleza se dulcifique al contemplar tanta belleza. También puede encontrarla al paso algún cazador, y es posible que la magnolia evoque los recuerdos de su familia.

Nuestro grabado no representa la especie pequeña que se corre por el norte, sino la más grande. Aquella crece en un pequeño matorral: la otra constituye el más bello adorno de un árbol magnífico. Por su naturaleza ambas especies son iguales; pero, mientras que la una está cerca de la tierra, la otra embalsama regiones superiores.

En las orillas del Florida se puede ver la magnolia elevándose sobre los árboles más pequeños y coronando la espesura con sus nevadas flores. Cuando el ciprés no ostenta su oscuro verdor, la magnolia alegra el sud; y algunas veces el árbol está como festoneado de musgo, apareciendo las flores entre la espesura. Mucho nos enseñaría el estudio de ese vegetal; pues, á medida que avanzamos en él, ábrese ante nuestros ojos un nuevo mundo.



El equipaje de Federico

PERRO Y PERRITO

Soy un perrito muy gracioso, y me llamo Chilín. Sé hacer varias habilidades: dar la pata, saltar sobre una caña, y tenerme derecho. Corro tanto como Sultán, el perro de la tahona, y me gusta jugar con él porque nunca me muerde. Agrádanos mucho á los dos perseguir á los pajarillos cuando se posan en el suelo; pero nunca cogemos ninguno, porque remontan el vuelo apenas nos acercamos. Lástima es que Sultán y yo no podamos volar también.

Mi amo tiene una vaca, y yo voy con ella al pasto todos los días para cuidarla ó avisar cuando alguno se acerca. Con este género de vida soy del todo feliz y no envidio la suerte de ninguno.

UN CUENTO MARAVILLOSO

—Voy á referiros, niños,—decía un padre á sus hijos,—un caso verdaderamente maravilloso. Habéis de saber que el verano pasado se desencadenó en Texas (América) una tempestad más bien de viento que no de agua: el huracán era tan fuerte que

arrancaba los tejados de las casas, tronchando varios árboles en el bosque. Cuando cesó el vendabal, varios hombres salieron á recorrer la línea que había seguido el ciclón, á fin de ver si alguien necesitaba de su ayuda ó si encontraban algún muerto ó herido. Acercábase la noche y comenzaba á extenderse la oscuridad por la selva, cuando de pronto oyeron un grito. Detuviéronse de pronto para mirar y escuchar, y á los pocos instantes percibieron un segundo grito, mientras que uno de los hombres señalaba un objeto oscuro que se divisaba en el ramaje de un árbol.

—Será alguna pante-
ra,—dijo uno de los hom-
bres.—Deteneos: voy á
tirar.

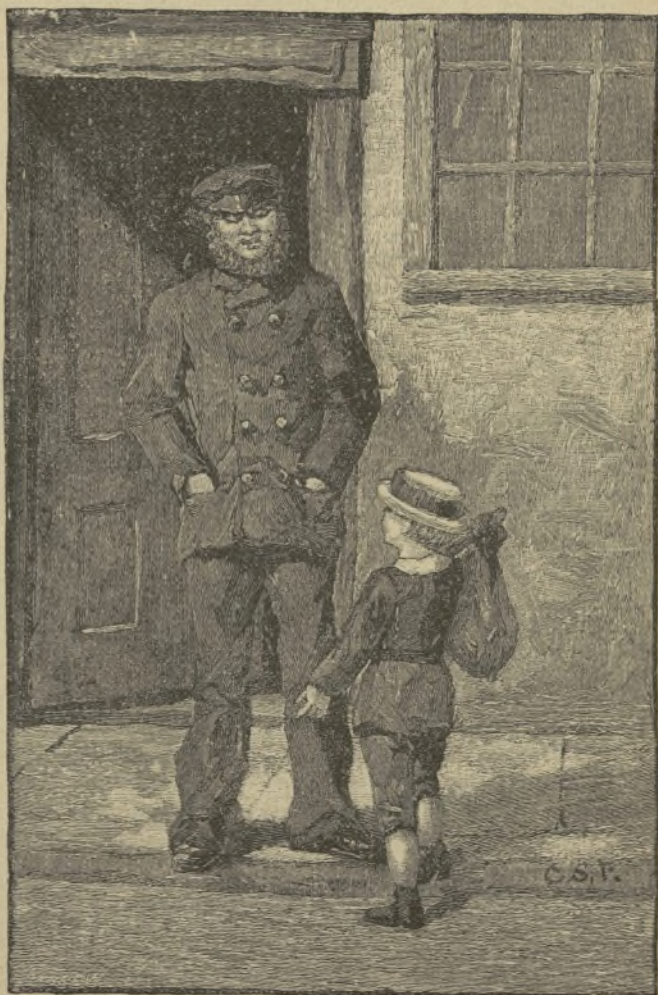
—¡Nada de eso!—re-
plicó otro.—No es una
pantera. Voy á trepar al
árbol, y muy pronto lo sa-
bremos.

El hombre se encara-
mó hasta el ramaje, y
¿qué diréis que encontró?

Era una cuna con un
niño que gritaba. El hura-
cán la había arrastrado
con su contenido, y, ele-
vándose un momento por
los aires, quedó cogida
entre el ramaje de un ár-
bol, donde quedó como in-
crustada, con tal fuerza
que el viento no pudo
arrancarla de allí. Fué
preciso cortar una gruesa
rama para desprender la
cuna.

El pobre niño estaba
sano y salvo; pero, como
los hombres no sabían de
quién era, lleváronsele á
su casa y le confiaron á
una mujer para que le
cuidase.

¿No os alegráis de que
el pobre niño se salvase
así en el árbol? Si la cuna
hubiese caído al suelo, se-
guramente la pobre cria-
tura habría perecido.



El equipaje de Federico

EL NIÑO CAVADOR

- ¿Dónde vas, hijo mio, cargado con esa pala?
- Eso no le importa á nadie: dejadme el paso libre.
- Pero dime dónde vas á cavar y para quién, amiguito mio.
- Voy á ejercitar mis fuerzas y á ver si encuentro un tesoro en las entrañas de la tierra.

EL EQUIPAJE DE FEDERICO

El buque *Reina del Océano*, que acababa de entrar en el puerto de la Coruña, ancló in-

Ayuntamiento de Madrid

mediatamente á la vista de una multitud de curiosos. Con sus altos mástiles parecía mucho más grande de lo que era.

Poco después acercábase al desembarcadero una lancha conduciendo al tío Rosendo, dueño del buque. Todos los niños le querían mucho, porque siempre les llevaba juguetes y objetos raros de la China y el Japón.

Cierto día, su sobrino Federico, sentado sobre las rodillas del tío, preguntóle si tendría inconveniente en hacerle viajar también; á lo cual contestó aquél con una sonrisa, diciéndole que más tarde podría embarcarse.

Federico soñaba, todas las noches, que navegaba por alta mar; y al levantarse, por la mañana, iba siempre al puerto para ver si estaba allí la *Reina del Océano*.

Al fin el muchacho pensó que podría ir preparando su equipaje, y al efecto cogió el saco de guardar ropa de su mamá, vaciólo en un rincón, y puso, dentro, su ropa de dormir, un ovillo de algodón que debía servir de sedal, y algunos alfileres cuya punta encorvó para utilizarlos como anzuelos.

Terminada su operación, dirigióse al muelle diciendo á cuantos le conocían que iba á embarcarse. Todos se rieron, pero el chico prosiguió impávido su marcha.

A los pocos pasos encontró á su tío, y díjole con una sonrisa:

—Yo estoy ya dispuesto: aquí llevo mi equipaje, mi ropa de noche, algún libro, algodón y suficientes alfileres en forma de anzuelos para poder pescar.

El tío Rosendo examinó el interior del saco, y pudo ver que era verdad lo que el chico manifestaba.

—Está muy bien,—dijo el tío Rosendo;—pero has de saber que yo no me voy ahora. Cuando tengas más edad te prometo que harás conmigo un viaje.

Federico no estaba dispuesto á renunciar á su idea; pero el tío Rosendo le convenció cariñosamente, dándole, además, un durillo de oro, con lo cual el chico quedó tan contento que se conformó con esperar hasta que tuviera más años.

EL CESTERO CIEGO

Enrique, el cestero, está sentado á la puerta de su casa. Es ya hombre de sesenta años, y vive con su nieta Lucía y su fiel perro León. Le es forzoso ir con frecuencia á buscar trabajo, y esto es poco agradable para la joven; más al perro parecen agradarle mucho estas excursiones.

Hace ya más de veinte años que el pobre hombre no ha visto la luz del sol, ni los árboles, ni los campos, ni nada, en fin, de lo que puede recrear el espíritu. Tampoco sabe si Lucía es bonita ó fea, y contentase con pasar la mano por sus dorados cabellos.

Enrique hace una cesta todas las mañanas, con mimbres de diversos colores. ¿Cómo se arregla para ello? Muy sencillamente: Lucía forma varios montones, cada cual un color, y se los indica á su abuelo, quien dice que tiene los ojos en su nieta; pero Lucía está pesadisa, porque preferiría ir á jugar. ¡Lástima que el perro no supiera también elegir los colores para ayudar al anciano, pues así la muchacha podría ir á jugar con sus compañeras! Pero el deber la obliga á prestar á su abuelo el auxilio que está en su mano.

EL NIÑO REBELDE

—No quiero ir á la cama,—grita Luisito llorando y recostándose contra la pared;—quiero que nunca fuese de noche, porque yo no necesito ver la luna ni tampoco las estrellas. Apenas he concluido de jugar, veo terminarse el día. Si yo fuese el aya y ésta el niño, veríamos si le gustaba mucho acostarse tan temprano.

Llorando y gimiendo, Luisito se siente, al fin, dominado por el sueño, y sube por la escalera que conduce á su cuarto. Su mamá le besa y acaricia al acostarle, y el niño no tarda en quedar entregado al sueño.

LOS COMPAÑEROS DE HANS

Hans es un muchacho americano, y vive en una cabaña. Tiene dos compañeros para jugar, ó, mejor dicho, un indio amigo suyo llamado Salomón, y un enorme perro de pastor que responde al nombre de Mastín.

Hans es muy guapo: tiene las mejillas sonrosadas, los ojos azules y el cabello rubio. Salomón se distingue por su cutis de color cobrizo, sus ojos negros y su cabello largo y lacio, negro también.

Hans sale, todos los días, de su casa, fresco y limpio como una rosa. Salomón no se lava la cara, y por eso la madre de aquél le aconseja buscar otro compañero para sus juegos; pero Hans contesta siempre:

—No tengas cuidado, mamá, que el color no se me comunicará á mí.



El cestero ciego

La madre de Salomón está muy satisfecha de que su hijo juegue con un niño de raza blanca, y, por lo mismo, agasaja mucho á éste.

Cierto día, Hans bajó al patio con su perro Mastin, y desde allí vieron al padre de Salomón que se dirigía á la casa. Poco después entró, y, apenas se hubo acercado, el perro comenzó á gruñir.

El indio llegaba del pueblo, donde algunos hombres blancos de mala intención le habían hecho beber aguardiente con exceso. Estaba casi embriagado, y con bruscas palabras pidió vino á la madre de Hans, la cual le contestó que no tenía una gota en casa. Entonces el indio hizo un ademán amenazador, mas el perro enseñó los dientes y precipitose sobre él.

A duras penas pudo el hombre desprenderse; y, apenas lo consiguió, precipitose fuera de la casa, y se alejó corriendo, sin volver la cabeza una sola vez.

El perro no se movió, y miraba á su ama moviendo la cola, como si quisiera decirle: «Ya veis si soy buen guardián.»

Y, apoyando después una pata sobre el brazo de Hans, parecía decirle: «Amo mío, no bebáis nunca aguardiente.»

LA FAMILIA HONRADA

(Continuación)



ESPÚES de administrados al paciente los últimos sacramentos, quedose á solas con el enfermo. Cuando el digno eclesiástico salió para reunirse con la familia, púdose leer en sus ojos que todo estaba acabado.

Hubo un momento de solemne silencio.

—Consolaos,—dijo el buen cura;—jamás hombre alguno ha dejado este mundo con una conciencia tan pura, y más feliz esperanza de una vida mejor. Consolaos. ¡Ay! En tal momento ¿qué palabra salida de una boca humana podría procurar ningún consuelo á vuestro dolor?

Toda la familia asistió á los funerales. Precisamente era un domingo, á la hora de los oficios. Al punto el cuerpo de Jorge fué bajado al sepulcro. Su padre, hermanos y hermanas abandonaron el campo santo para no encontrarse con la multitud alegre que acudía á la iglesia. Al entrar en casa pasaron cerca del campo donde Jorge tenía la costumbre de trabajar. Vieron el montón de hierbas que había arrancado, y, cerca de allí, en pie todavía el azadón en el mismo sitio donde lo dejó la última vez que trabajara.

Sus hijos permanecieron algunos días al lado de su desgraciado padre; pero una noche que estaban reunidos todos alrededor de la mesa donde hacían su frugal comida, el anciano Frankland habló así:

—Hijos míos: si somos pobres, por lo menos nos cabe la felicidad de estar unidos. A pesar de todas mis penas, estoy bendecido en mis hijos; bendición que no cambiaría yo por todos los bienes de la tierra. Alguna cosa más triste aún que el recuerdo de un buen hijo que se ha perdido, es tener un mal hijo vivo. No he conocido nunca esa desgracia... Pero, queridos muchachos, y vosotros, caras niñas, no podemos permanecer ya por más tiempo en la ociosidad en que vivimos. Sois demasiado jóvenes para estaros sin ocupación. Es menester, pues, que mañana vuelva cada uno á sus quehaceres.

—Pero, padre,—exclamaron todos á la vez;—¿quién de nosotros quedará con vos?

—Nadie, mis queridos hijos. Todos estáis en buen camino, y á ninguno

Ayuntamiento de Madrid

de vosotros quiero retirar de la casa de las honradas gentes en que estáis colocados.

Paulina se apresuró á responder que ella más que nadie tenía derecho á permanecer con su padre, puesto que la Sra. Crumper se negaría de seguro á volverla á tomar á su servicio después de lo ocurrido cuando su partida. Pero nada bastó á convencer al anciano Frankland: negó redondamente á cada uno de sus hijos el permiso de permanecer con él.

Por fin, exclamó Francisco:

—Pero ¿cómo podréis explotar esta finca sin auxilio de alguno de nosotros? Menester es que consintáis en que alguien quede aquí. Pensad en que podríais veros atacado de un nuevo ataque de reumatismo.

Frankland se calló un momento, y repuso en seguida:

—La pobre Ana me cuidará si caigo enfermo: puedo aún pagarle su salario. No quiero ser una carga para mis hijos. En cuanto á esta granja, voy á dejarla, porque, á la verdad,—dijo el viejo sonriendo,—no me veo ya capaz de cultivarla con el reuma que me impide valirme de mi brazo derecho. Mi propietario, el arrendador Hervil, es un viejo amigo que me dará un plazo para saldar el arriendo. Hasta me ha propuesto quedarme en la casa de balde, pero no puedo consentirlo.

—¿Qué haréis, pues, padre?—dijeron sus hijos.

—El sacerdote que estuvo aquí ayer se ocupa en hacerme entrar en una casa donde no tendré nada que gastar, ni él tampoco, y en donde estaré cerca de vosotros, hijos míos.

—Pero, padre,—interrumpió diciendo Francisco;—veo, según lo que estáis hablando, que hay en esa casa algo que no es de vuestro gusto.

—Es verdad,—respondió Frankland;—pero de eso tienen la culpa mi orgullo y ciertas rancias preocupaciones que no son de fácil vencer ya á mi edad. Cierto que no es para darme gusto entrar en la casa de caridad.

—¡Una casa de caridad!—exclamaron todos sus hijos á la vez.—¡Oh, padre! ¡Vos no podéis, no debéis en manera alguna iros á una casa de caridad!

El orgullo, que inspira al labrador inglés tanta repugnancia en vivir de la caridad pública, es una de las causas que más contribuyen á desarrollar la industria y la virtud de la nación. Es una preocupación sumamente arraigada en las familias, pero que tiene su utilidad y hay que respetar.

(Se continuará)



El niño rebelde

Soluciones á los problemas y ejercicios del número anterior:

Logogrifo numérico: Salamanca.—Tercio de sílabas: Lo-re-to, Re-do-ma, To-ma-sa.—Acróstico: Pontevedra. Cuadrado: Pura, Uñas, Rata, Asaz.—Fuga de consonantes: Manuel Fernández González.—Intrínquis: Canal.



Los compañeros de Hans

+ PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES +

CUADRADO NUMÉRICO

• • •
• • •
• • •
• • •

Sustituir los puntos con cifras que, sumadas vertical y horizontalmente, den por resultado 20.

JUAN GUAY

ROMBO

• • •
• • •
• • •
• • •

1.ª línea vertical y horizontal, consonante; 2.ª, nombre de varón; 3.ª, nombre de un teatro; 4.ª, ave; 5.ª, vocal.

E. SOLÉ B.

• CRIPTOGRAFÍA

• • • a a a a b c c d d e e l l n o r r • • •

Formar con estas diez y siete letras el nombre de un poeta español.

LUIS R. MAGÁN

CHARADAS

Una letra es la primera,
nota musical la dos,
edificio prima tres
y el todo ropa interior.

MÁXIMO LÓPEZ RODRÍGUEZ

Primera título y número,
tercia nota musical,
la dos pronombre corriente,
una y tres sitio real.
El todo nunca es entero
aunque quiera aparentar.

JOSÉ M. PUNYED

Llama el niño á cuarta cuarta
porque ha visto una todo
y la prima cuarta tres
se le ha caído en el lodo.
Llega un primera tercera
y dice: ten prima dos.
Le lavaron la dos tres
y ya conforme quedó.

NARCISO A. CORTÉS

— — —
Á mi estimado condiscípulo

Manuel Luis Vicioso

— — —
Dos es todo prima tres.
¡Tortura la inteligencia!
que en cuestiones de paciencia,
amigo una dos y tres,
se llama calma la ciencia.

MIGUEL LÓPEZ CARNICER

— — — Las soluciones en el número próximo — — —

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.

Ayuntamiento de Madrid